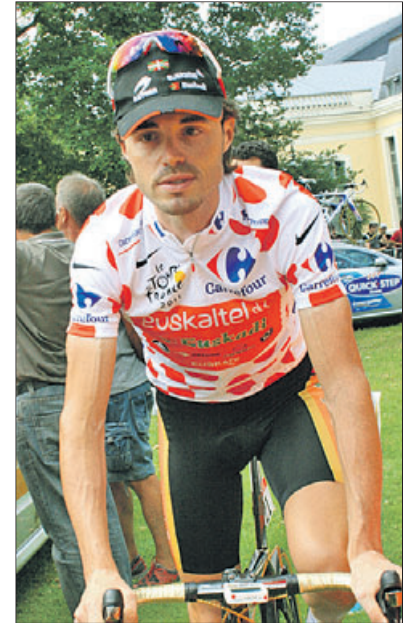


Ciclismo | | Tour de Francia

El escritor y colaborador de LA NUEVA ESPAÑA Celso Peyroux fue ciclista amateur en Francia y durante veinte años siguió la «Grande boucle» por diferentes lugares por donde pasaba la prueba. Posee en sus archivos una importante colección de revistas y periódicos sobre la carrera, y en estas líneas el cronista tevergano recorre con su bici las rutas del Tour en el año de su centenario.



A la izquierda, Celso Peyroux, de ciclista, con Fuente y Enrique García, sobre la bicicleta, en 1983 en Teverga. Sobre estas líneas, Samuel Sánchez, vistiendo el maillot de lunares de rey de la montaña del Tour.

El Tour, cien años de historia

La «Grande boucle», ganada por siete españoles –Bahamontes, Ocaña, Perico, Indurain, Pereiro, Sastre y Contador– celebra su primer siglo llena de vida

Celso Peyroux

A Luis Balagué, Chechu Rubiera y a todos los ciclistas y cicloturistas asturianos. A la memoria de mi buen amigo José M. Fuente, «El Tarangu»

Nunca podrían imaginarse Henri Desgranges, Géo Lefèvre y Maurice Garin, cofundadores de la prueba, que el Tour de Francia llegaría a cumplir cien años. Seis etapas en su primera edición, iniciada el 19 de julio de 1903, con un total de 2.428 kilómetros de recorrido a una media de 25 kilómetros la hora. Dos mil cuatrocientos francos fueron los que se llevó el ganador de aquella experiencia ciclista en la que habían participado sesenta valientes con pesados velocípedos que no disponían de cambio de velocidad.

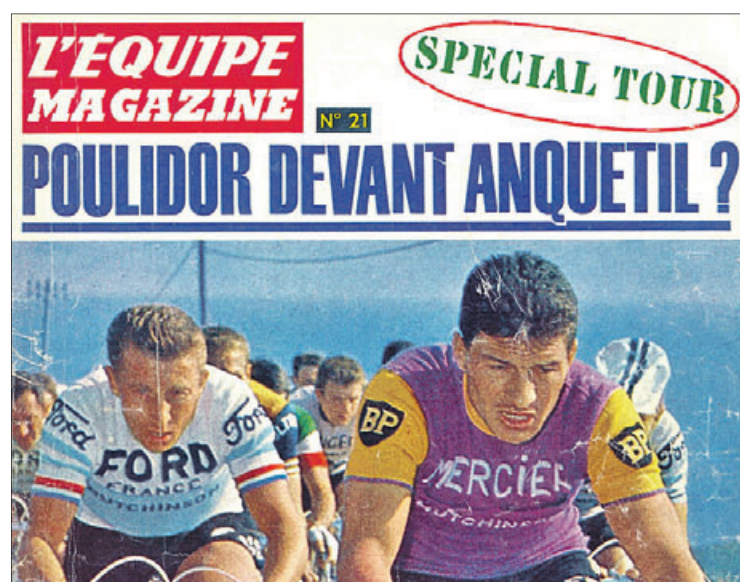
Todo un siglo, salvo el periodo de las dos Guerras Mundiales, con una serpiente multicolor que alcanzó momentos de esplendor entre los rivales que disputaban las llanuras francesas y las grandes cimas de los Alpes y Pirineos, para encumbrar a los más grandes y sacar fuerzas de flaqueza a quienes el Tourmalet y el Galibier se les ponía muy cuesta arriba penando y sufriendo para poder alcanzar lo más alto del ciclismo.

Desde que en los años 1909 y 1910 Vicente Blanco, «El cojo», y José Javierre se inscribieran en el Tour como los primeros españoles que participaban en la carrera, decenas de corredores españoles se

fueron sucediendo a lo largo de todo este tiempo. Por citar sólo algunos nombres de la abundante lista: Cardona, Vicente Trueba, «La pulga de Torrelavega»; Berrendero, Otero, Loroño, Bahamontes, Julio Jiménez, Gabica, Galera, Pérez Francés, Mariano Díaz, Ocaña, Galdós, Otaño, Gorospe, Cabestany, Lejarreta, Cubino, Indurain, Pino, Perico Delgado, Cabestany, Carlos Sastre, Pereiro, Valverde, Contador, Purito... Y a esta nómina se unen los ciclistas asturianos que participaron en el Tour y en otras grandes pruebas como profesionales: José Manuel Fuente, «El Tarangu»; Luis Balagué, Vicente López Carril y su hermano Jesús, José Enrique Cima, el «Roxín», Coque Uría, Ovies, Pasamontes, Sarrapio, Chechu Rubiera, Samuel Sánchez, Santi Pérez, Raúl Santamaría, Sampedro, Carlos Muñiz, Guillermo Arenas, Domínguez, Barredo... Un sentido recuerdo para algunos y los mejores saludos para otros desde estas líneas.

Si no nació sobre una bicicleta poco me faltó por el amor y pasión que desde niño he sentido por las dos ruedas. Aprendí a rodar por debajo de la barra de la bici de Luis, el artillero, al no alcanzar a los pedales, y en el verano de 1956 a mi madre le tocó en una rifa popular una «Gamma» con la que los tres hermanos repartíamos LA NUEVA ESPAÑA por todo el concejo tevergano.

Para entonces ya sabíamos de las andanzas de Coppi, Geminiani,



Portada de «L'Équipe» que hace referencia al duelo entre los franceses Jacques Anquetil, a la izquierda, y Raymond Poulidor.

Bartali, Charly Gaul, Poblet, Botella... y Bahamontes. Jugábamos a las chapas entre las dos líneas de tiza blanca y en cada una, protegidas por un cristal, iba la cara de un corredor. El mío –no sé por qué– era André Darrigade, campeón del mundo de fondo en carretera en el año 1959. Un día en Bayona se lo comenté y le hizo gracia. Fue sobre todo un esprinter de «volattas» y lo recuerdo en un criterium de Oviedo disputando la «rueda de oro» a Miguel Poblet; certamen en el que estuvieron también Luison Bobet y Anquetil, entre otros. La bicicleta había tomado un gran auge como medio de desplazamiento en los

años cincuenta entre los mineros teverganos que subían a las minas de La Cruz y los guajes les poníamos apodos de este o aquel corredor famoso en el Tour.

Mi traslado a Francia, con dieciocho años, marca un punto de inflexión entre el hombre y la bicicleta. Corría 1962 y aquel año, como el anterior, el Tour lo había ganado Jacques Anquetil a quien siguieron: Plankaert, Poulidor y Bahamontes. Por aquel tiempo terminaba el duelo entre el «Ángel de la montaña», apodo que le habían puesto al luxemburgués, y Bahamontes, nuestro ídolo, a quien conocíamos como el «Águila de Toledo». Fueron tre-

mendas y sonadas las pugnas entre los dos grandes escaladores que les llevarían a ganar el Tour; el primero en el 58 y el toledano un año después, siendo el primer español que conseguía la hazaña por delante de Anglade y Anquetil.

A la organización se les había ocurrido poner como crono escalada el Puy de Dôme, en La Auvernia, y Bahamontes desplegó sus alas y en vuelos altos y rasantes llegó hasta el Parque de los Príncipes ante la perplejidad del pueblo galo. Dos franceses no habían podido con un hispano y al igual que Napoleón, tenían una mancha en el ropaje. Habían participado diez selecciones nacionales con 12 integrantes cada una de los que sólo llegarían a París 65 corredores. Otros tantos valientes que se fueron dejando alma y cuerpo entre las zarzamoras de las carreteras pero, al fin, habían logrado llegar a orillas del Sena.

Mi primer salario, como aprendiz de albañil en Burdeos, fue para comprarme una bicicleta a plazos, de la marca «Verdeun», con la que me entrenaba casi a diario por las llanuras de La Gironda. Me parecía que aquello era pan comido y muy pronto encontré un circuito con una gran cuesta de dos kilómetros de largo conocida como «La Vieille Cure». En aquel circuito, que subía a la cumbre del otero de Floirac, se celebraba todos los años el «Gran Premio de Cenón», en el que participaron Bahamontes y Julio Jiménez. En 1964 obtuve la licencia de